

Coronavirus: una sola humanidad, una común vulnerabilidad

Suplemento del Cuaderno n. 218 de CJ - (n. 253) - Mayo 2020

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com

www.cristianismeijusticia.net

Hacia lo interior y hacia lo esencial

El coronavirus ha cogido a la humanidad a contrapié. Las preocupaciones antes de la pandemia poco tenían que ver con una crisis epidemiológica de alcance mundial. Aunque su posibilidad teórica se conociese por advertencias científicas o por representaciones cinematográfica, su carácter distópico y, en cierta manera, escatológico nos han hecho reaccionar con demasiada lentitud. Es probable que la prepotencia de Occidente le haya llevado a pensar: «Esto no nos puede suceder a nosotros; las grandes infecciones y parasitosis (malaria, dengue, Chagas, Ébola...) acontecen en los países subdesarrollados». Con la misma autosuficiencia fue Goliat a luchar contra el pequeño David. El mundo entero, que pensaba que dominaba el curso de la historia, ha sido vencido por un minúsculo virus, invisible, ante el cual la nueva carrera armamentística se ha demostrado impotente.

La muerte, tan ajena a la experiencia cotidiana del autoproclamado primer mundo, ha vuelto a ser un acontecimiento cercano; incluso ha entrado dentro de la conciencia de posibilidad para mucha gente: «¿Y si enfermo?, ¿cómo reaccionará mi cuerpo?».

De repente, el virus nos ha replegado hacia el interior, porque el menor contacto social (aun teniendo infinitos medios electrónicos) nos permite estar más con nosotros mismos y hacia lo esencial porque de golpe se ha desplomado el consumismo. Nos hemos centrado en sobrevivir y hemos tomado conciencia de los elementos esenciales de nuestra vida: la salud, las relaciones, el amor, la comida diaria... Hemos descubierto que los antiguos ídolos que aplaudíamos y venerábamos en los conciertos o en los campos de fútbol no pueden salvarnos. Ahora hemos encumbrado a los y las profesionales de la salud porque a ellos y a ellas confiamos nuestras vidas.

Salvados «por los pelos»

Globalmente, creo que podemos decir que nos hemos salvado como humanidad «por los pelos». No en el sentido de asegurar la continuación de la especie, sino porque, a pesar de los titubeos iniciales de algunos países, al final hemos decidido poner en el centro de nuestras preocupaciones a las personas mayores y más vulnerables. Boris Johnson podía considerar fríamente la muerte de 400.000 británicos como algo preferible a parar la economía, pero la sociedad que hubiese escogido esa opción no habría salido con vida... humana. Ninguna sociedad podría levantar cabeza después de vivir el trauma de dejar morir a tanta gente.

Aun así, el sufrimiento ha sido terrible: el de los médicos por ver morir de cerca a tanta gente y por enfrentarse a la posibilidad de tener que priorizar a unos frente a otros en los momentos de colapso sanitario; el de las cuidadoras de ancianos, mayormente mujeres, que han tenido que afrontar el problema en condiciones de precariedad; el de los enfermos que han muerto en la soledad de los hospitales a pesar de la buena voluntad de esos «extraños seres» que por su indumentaria parecían venir de otro planeta; el de los familiares que vivían la angustia a distancia; el de las personas mayores con su miedo vital a contagiarse y sucumbir; el de las trabajadoras de los servicios esenciales, con miedo a contagiar a sus seres queridos; el de gran parte de la población, con la difícil gestión de la ansiedad; y, finalmente, el gran sufrimiento de tantos millones de personas que han perdido sus medios de subsistencia.

¡Cuán difícil va a ser superar estos sufrimientos pues no habrá un momento cercano en el que se diga que lo hemos

superado! No habrá un «final» hasta que no se consiga una vacuna. ¡Cuán difícil es cerrar la herida por la muerte de un ser querido del que no nos hemos podido despedir y al que no hemos podido llorar en un funeral!

Ahora bien, deberíamos encontrar maneras para que en los meses venideros esa solidaridad que parece manifestarse al enfrentarnos juntos a un problema común no se desvanezca, pues no olvidemos que la enorme crisis económica (tanto nacional como mundial) no va a afectarnos a todos por igual. Y nuestra sociedad solo será verdaderamente democrática y justa si asumimos de forma conjunta –y progresiva, según la capacidad económica de cada uno– los enormes costes en salud generados durante estos meses, y si somos capaces de «rescatar» a aquellas personas que han perdido todos sus ingresos.

Con todo, para conseguirlo, es preciso que los partidos políticos estén a la altura: que busquen el bien común y no la capitalización del descontento general que producirá la pérdida de poder adquisitivo. Quizás sería hora de que Europa se tomase en serio la lucha contra esos paraísos fiscales que existen incluso dentro de la propia Unión Europea. En definitiva, es urgente que todos los partidos políticos pacten una estrategia común de larga duración para superar la crisis; de lo contrario, serán responsables de su propio descrédito ante la opinión pública, con el consiguiente riesgo para la democracia.

Desplazamiento del eje del mundo hacia Oriente

No es seguro que la humanidad vaya a sacar todas las conclusiones que debiera de esta pandemia. De hecho, sabemos

que solemos ser muy olvidadizos y que aquellos propósitos difíciles que se toman en las crisis a menudo se dejan de lado cuando vuelve la bonanza.

Pero lo que sí vemos es un desplazamiento global hacia Oriente. Si Estados Unidos cae en un agujero económico cuando China ha podido contener la pandemia con relativa rapidez, podría comenzar el *sorpasso* de China como actor principal mundial. Sumado esto al éxito de la respuesta a la pandemia por parte de Corea del Sur, Singapur o Vietnam, podría empezar a situarse el eje del mundo en esta zona geográfica. Paradójicamente, si al principio de la pandemia se hablaba de un posible *efecto Chernóbil* en China, ahora parece que esta sale reforzada. La menor protección de la privacidad de los individuos en estos países podría tentar a ciertos sectores en Occidente. Ante una competencia global, podría pedirse aquí que se sacrificara la privacidad y los derechos civiles para competir con esos países en eficacia y desarrollo.

Para evitar caer en el dilema «seguridad (y dinero) o libertad», deberíamos observar los ejemplos exitosos de países como Alemania o Portugal, que ni han aglutinado el poder en una sola persona ni han sacrificado la privacidad de los individuos. China, sin embargo, se ha manifestado como un socio no fiable al ser muy poco creíbles sus datos sobre el número de contagios y de muertes. Es decir, la opacidad de su sistema genera grandes suspicacias, por lo que parece muy probable que Occidente se replantee una cierta «repatriación» de la producción, al menos en productos estratégicos. Así, paradójicamente, el replanteamiento de la globalización en la producción va a ir acompañado de una mayor comunicación digital, y se iniciará aquí una com-

petencia de ámbito planetario donde los sectores de ocio, cultura y educación van a quedar profundamente afectados.

Compromisos ineludibles

1. Lo primero que tendremos que hacer será restablecer la confianza entre nosotros. Ya veremos en qué medida, después de que haya acabado completamente la pandemia, continuamos viendo a los demás como potenciales enemigos de nuestra salud. La desconfianza que obliga al distanciamiento social podría enquistarse en nuestra cultura.
2. Los países de la Unión Europea deberían ser capaces de ser solidarios con los países más afectados por la crisis si no quieren correr el riesgo de romper de manera irreversible la Unión. Cada país tiene sus propios debates internos sobre las ventajas e inconvenientes de pertenecer a la Unión Europea. Hay populismos rompedores en todos ellos, pero, después de la humillación sufrida por diversos países del sur para poder recibir la ayuda de los socios en la última crisis, repetir esa misma política podría ser fatal, máxime cuando nadie es responsable de la expansión de la pandemia y cuando los recortes en sanidad se hicieron para hacernos «merecedores» de aquella ayuda.
3. Occidente no debería olvidar su compromiso de justicia con los países del sur global. La crisis económica mundial va a crear emergencias humanitarias de incalculable calibre. España e Italia tendrán que recibir un rescate económico, probablemente con formas más dignas y no tan hirientes como las de la crisis anterior, pero

¿quién va a ayudar a los países latinoamericanos y africanos?

4. Es urgente elaborar una narrativa global sobre las causas de lo sucedido:

a) Es preciso poner de manifiesto las causas ecológicas: el ser humano, al ir ganando terreno a la naturaleza, va entrando cada vez más en contacto con animales portadores de nuevos virus para los que no tenemos protección. Esto es notorio no solo en Extremo Oriente, sino también en el polo Norte con el deshielo o en el Amazonas, cuya deforestación nos va a exponer a una infinidad de nuevos virus y bacterias.

b) Debemos replantearnos el modelo de globalización y de consumo: no solo consumimos de una manera no universalizable, sino que debemos consumir más localmente. No solo consumimos demasiado, sino que consumimos productos que vienen de demasiado lejos. Estos son aparentemente mucho más baratos porque ni pagamos de manera justa en origen ni repercutimos los gastos ecológicos del transporte.

c) Hay que elaborar protocolos de actuación para otras posibles pandemias y catástrofes. Y, sobre todo, potenciar una sanidad pública de calidad y la investigación en cuestiones clave.

d) Es urgente evaluar nuestro sistema de atención a los más mayores: el número de muertos en las residencias de ancianos es tan elevado en España que es preciso preguntarse por la calidad del servicio y asegurarse de que las reducciones de costes no son para el beneficio de ciertos fondos de inversión que han mercantilizado la ancianidad. De todas formas, sería hipócrita que la sociedad los culpase

sin antes evaluar ella misma cuánto le importan los ancianos. Después de todo, es la sociedad la que «externaliza» el cuidado de sus mayores. Muchas personas dedicadas a este cuidado sirven con heroica paciencia a aquellos que nosotros somos incapaces —¡o no queremos!— cuidar. Ellas han estado también en primera línea de riesgo de contagio, puesto que la atención a los cuerpos desgastados por el tiempo requiere una cercanía y un contacto constantes.

Conclusión

Una especie como la humana, que ocupa todo el planeta, lo explota hasta el límite y está tan interrelacionada, es vulnerable a las pandemias, pero, frente al coronavirus, hay una esperanza: que nos sintamos todos una sola humanidad desde la experiencia de la vulnerabilidad común. Todo mal puede, cristianamente, contener una bienaventuranza: el hecho de que esta pandemia no solo haya afectado a los países del sur nos ha obligado a movilizarnos con urgencia ante un problema que afecta a todos los países, razas y religiones. Muchas veces, para que alguien tenga más, otro debe tener menos; para ser el primero, alguien debe ser el segundo. Pero ante un virus planetario solo podemos ganar si le ganamos todos. Aun habiendo afectado de maneras muy distintas, es el primer mal que vivimos de manera universal. No son muchas las oportunidades que tiene el ser humano de afrontar un reto común en el que solo nos salvamos si nos salvamos todos.

Jaume Flaquer
Cristianisme i Justícia